TRAGEDIA.

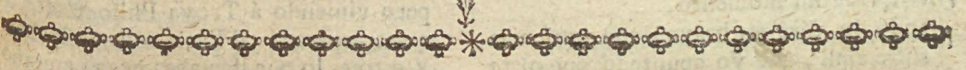
EL PHILOCTETES

DE SOPHOCLES.

EN DOS ACTOS.

ACTORES.

Philoctétes, hijo de Peante.
Ulisses, de Itaca.
Neoptólemo, ò Pirrho, hijo de Achiles.
Egisto, compañero de Neoptólemo.
Niréo, de el sequito de Ulisses.
Hercules.
Coro de los que siguen à Neoptólemo.



La Scena se supone en Lemnos, cerca de una cueva poco distante de el mar.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Ulisses, Neoptólemo, Egisto.

Ulis. YA pisamos, Neoptòlemo, la playa
de la montuosa Lemnos. En su arena
quedó (son yá diez años) Philoctétes
enfermo, triste, y solo; pues apenas
se sintió herido, los continuos ayes
que el dolor le arrancaba con violencia
quitaban el sosiego al sacrificio,
la paz y el orden á la armada entera.
Pero esto importa poco, y yá lo sabes,
y yá es tiempo de obrar con diligencia.
Ha de venir á Troya Philoctètes
ò de su buena gracia, ò bien por fuerza.
Esto nos encargó toda la armada,
y esto ha de ser, si ha de triunfar la Grecia.
Yo no puedo (lo sabes) presentarme
á ese infeliz: el mira su miseria
como nacida ya de mi consejo.
Si, yo me engaño, ò Philoctétes piensa
que es Ulisses autor de su abandono.
El me busca y me encuentra en cada fiera
que se le pone á tiro, y el dirige
á un tiempo á mí su enojo, á ella sus flechas.
Mas tú bien puedes sin algun recelo
presentarte á sus ojos. Vé, las señas
que ya te dí conducirán tus pasos:
una mala abertura de una peña,
no bien cerrada al viento y à lás lluvias,
con una fuente al lado, y una selva
que entristece á lo lejos... mas ¡qué miro!

ya descubro la fuente. Esa es la cueva:
adelantate Pyrrho , y reconoce
si está ò no Philoctétes.

Neop. Voi... no , en ella
él no se vé : pero en un tosco vaso,
y en un lienzo pendiente de una cuerda
que destila su sangre , y en el humo
que viste las paredes , y en la hierba
que le sirve de lecho estoi mirando
su vida , su dolor , y su miseria.

Uliss. Esta es su habitacion , no hai que dudarlo,
y él en busca andará de algunas hierbas
para curar su herida. Oyeme un poco,
logremos los instantes y su ausencia.
O Neoptólemo , hoi tienes en tu mano
el exito feliz de nuestra empresa,
si los consejos que te dí practicas
escrupulosamente.

Neop. Me aconsejas,
en suma , que le diga...

Uliss. Oye un momento,
todo lo diré en breve : con paciencia
sufre aqui , que yo apunte lo que oíste
largamente en el mar. Di con franqueza
tu nombre á Philoctétes y tu patria;
y añade , que navegas á la Grecia
abandonando á Troya y á la armada,
que injusta á tus derechos te desprecia.
Dile la muerte de tu padre Achiles,
el llanto de los Griegos , tu presteza
en navegar á Troya , y la injusticia
con que los Gefes (como si ellas fueran
armas de los Atridas) destinaron
las armas de tu padre (ò , ¡si el lo viera!)
al engañoso... si , dí tambien eso,
al engañoso Ulisses, que en tu herencia
contra toda razon entró , y dejaron
al hijo solo , triste , y con afrenta.
Luego despidete , como que quieres
los instantes ganar para tu buelta:
deseale la paz que aqui no tiene,
y que vea á su patria antes que muera,
y vé marchando. O Pirrho hijo de Achiles,
dirá, ¿con que te vas y aqui me dejas?
Ha! no. Por tu gran padre , por los Dioses,
y por tu patria ázia la qual navegas
que me lleves contigo , que me saques
de esta infelicidad en que me encuentro
Philoctétes dirá. Tu condesciende,
conducelo á la playa con sus flechas
entralo en nuestra nave ; y ¡ò felices
nosotros! y ¡ò felíz la Grecia entera!
Pero antes (me olvidaba) antes procura
que el su aljava te deje : tu pretexta
que quieres venerar aquellas armas
que Hércules consagró , que quieres verlas,
que quisieras tocarlas una vez,
y un instante no mas. Si el te las de
no lo dudes , harémos que nos siga,
y que llegue á la armada aunque no quiera.
Basta. Lo sabes ; Jupiter , los Hados
la victoria , el despojo nos decretan
pero viniendo á Troya Philoctétes
que traspase al vil Páris con sus flechas
Y esto es lo que llamabas negro engaño
indigno de tu sangre. La experiencia
te hará ver otra cosa antes de mucho
Un ardid inocente que nos lleva
á tocar la victoria , por diez años
buscada y fugitiva , que remedia
los largos males de un enfermo ilustre
y le hacen ver el fin de su miseria,
¿podrá llamarse negro engaño? ¡Ah! vence
tu repugnancia si triunfar deseas.
Atrevete una vez , y un poco tiempo
á fingir algun tanto. Despues venga
el candór á tu pecho para siempre,
y siempre la verdad hable en tu lengua

Neop. Pero al fin Philoctétes no es un bruto
ageno de razon.

Uliss. Viva y dispierta
la tiene , si otro alguno.

Neop. Pues dejemos
esas trazas ahora. Yo quisiera
moverlo con razones , y no dudo
que podré conseguirlo.

Uliss. En vano intentas

convencerlo á razon: es inflexible
no menos que tu padre, y á la Grecia
de quien se cree mal abandonado
la mira, como mira á su miseria,
lleno de horror. En fin esto es dificil,
y aun es mas el vencerlo á viva fuerza.
Neop. ¿Tanta tiene un herido?
Uliss. Tiene tanta
que le basta á que vibre en cada flecha
el veneno y la muerte inevitable.
Neop. Pero Troya bien puede dar en tierra
al golpe de mi espada: lo decias,
si yo mal no me engaño.
Uliss. Si, mas era
decirte, que ni tu sin Philoctétes
ni él puede sin Neoptòlemo vencerla.
Neop. En fin pues yó lo dije, yó lo haré:
y si los Dioses mi ficcion aprueban,
ellos me enseñarán ese camino
que yó nunca he pisado.
Uliss. Pues espera
á Philoctétes tú, yó me retiro,
no sea me descubra. ¡O! tu Minerva,
si vencedores quieres á los Griegos,
haz que Pirrho un instante fingir sepa.

SCENA II.

Neoptólemo, y Egisto.

Egis. ¿En donde Philoctétes desgraciado
al presente estará? ¿si havrá avistado
nuestra nave en el puerto? ¡O! si él la viera,
tropezando y cayendo acá viniera.
Neop. Por esos montes andará cazando,
ò sus largas desgracias lamentando.
Esa es su ocupacion, llorar, sufrir,
y estár en Lemnos sin poder salir.
Egis. Tengo por cierto que tan dura suerte
le es mas amarga que la misma muerte.
¡Ha! sin duda es bien ciega la fortuna;
que así descarga sin reserva alguna
sus mas terribles golpes. Un guerrero
de valór conocido, compañero
de el grande Alcídes, hijo de Peante
se vé mal reducido en un instante
á tan funesta y congojosa vida,
que fuera gran castigo á un homicida.
El da á las fieras con el dia espanto,
y ellas á él con la noche: nunca el llanto
en sus ojos se enjuga, siempre gime,
siempre á su alma, á su pie el dolor oprime.
Neop. ¡Infelices que somos los mortales!
expuesta nuestra vida á tantos males
carece de un asilo: no, no se halla
cómo evitarlos, si acometen...
Egis. Calla.
Dioses, ¿es él? ¿me engaño? yó lo véo,
ò lo pinta á mis ojos el deseo.
Neop. El es, no hai que dudar, ya nos ha visto.
¿Pero que podré yó decirle, Egisto?

ACTO III.

Neoptólemo, y Philoctétes.

Phil. ¡O! mi huesped, ¿que Dioses, ò qué vientos
tan enemigos tuyos, tan violentos
á esta playa infelíz te han arrojado?
¿llegas naufrago, ò llegas extraviado?
pero tu trage te me pinta Griego.
¡Dioses! ¿será verdad? dime te ruego
ante otras cosas tu nacion, tu nombre:
dilo, y consuela con tu voz á un hombre,
que apartado de el mundo, y medio muerto
de sus miserias, puebla este desierto.
Suelta la voz, y diga ella á mi oido,
lo que á mis ojos dice tu vestido.
Eres...
Neop. Si, Griego soi, tu lo dijiste.
Phil. ¡O dulcisima voz, que á mi alma triste
ha dado finalmente aquel consuelo,
que tantos años me ha negado el Cielo!
¡ha! que todos los Dioses, hijo mio,
largo tiempo conserven ese brio

de tu brillante juventud, que veas
largo tiempo á tu patria, y que no seas,
qual yó el mas infelíz de los mortales,
que tengas mi inocencia, y no mis males.
Dime tu nombre, y como acá véniste,
y la ciudad de Grecia en que naciste.

Neop. A Sciro que es mi reyno, y patria mia
yó Neoptólemo el rumbo dirigia;
y si el viento igualára á mi impaciencia
yó ya estuviera allá, no en tu presencia:
pero una triste calma...

Phil. ¡Ha! no. Ella ha sido
alegre para mí, pues ha trahido
tal Principe á mis ojos. Pero Scyro::
Pero ese aire, ese rostro::: A lo que miro,
tu eres hijo de Achíles. ¿Que me dices?

Neop. Si, mi padre es Achiles.

Phil. ¡O! felices
el padre, el hijo, el heroe sin segundo,
cuyo heroico valór ádmira el mundo;
tu viva imagen de su edad primera,
serás como él, pues eres como èl era.

Neop. Quieranlo asi los Dioses: yó contento
á la calma no culpo ya, ni al viento,
pues aqui, y en tus labios entretanto
encuentro á Achíles á quien amo tanto.
Mas segun hablas, tu lo conociste:
¿fue en Troya? ¿pero quando alli estuviste?
yo ahora vengo de el sitio, y... no me engaño,
yó en Asia no te he visto: me es estraño
tu semblante, tu trage,
no encuentro griego en ti, sino el lenguage.
¿qual es tu nombre?

Phil. ¡Dioses! tu has salido
de Troya, ¿y ni mi nombre alli has oído?
Cielo, tierra, lo veis, y sois testigos,
aun mi nombre olvidaron mis amigos.
Yá no hai Theséos, ni Hercules: vivió
con ellos la amistad, y yá murió.
Yo infelíz soi aquel fatal guerrero
de las armas de Alcides heredero,
Philoctétes, á quien los dos Atridas
oprimido con dos cruéles heridas
una en el alma, otra en el pie dejaron
dormido en esta cueva, y se ausentaron.
Pensamiento de Ulises. ¡Ha! ¡engañoso
enemigo cruel de mi reposo!
si, tuya fue la trama: es fiel testigo

Saca de el pecho un pliego doblado, ó más verisimilmente un pergamino, y queda con el en la mano.

este papel, que ha de venir conmigo
quando mi alma dejando á estos desiertos
vaya triste á juntarse con los muertos.
Lo verá Minos, lo verá Pluton,
y siendo ellos tan rectos, como son
leerán en el á un tiempo mi paciencia
mi rectitud, tu empeño, y tu sentencia
¡Ha! gemirás allì, pues aqui engañas,
dará tu falso pecho en tus entrañas
verdadero alimento,
como otro Promethéo á un buytre hambriento.

Neop. Pero tu llevas á tu indignacion
más allá de lo justo. La pasion
te ciega ò Philoctétes.

Phil. Si tú vieras
quan infelíz soi yó, no reprehendieras
mi indignacion. ¡Ha! escucha, y despues dime
si otro con mas razon se irrita, y gime.
Quando los Griegos, si es que no lo sabes,
navegaban á Troya con mil naves,
yó con ellos seguia á la victoria,
y sediento de gloria,
y vano con las flechas, que envidiaba
en mis manos la Grecia, yó miraba
crecer ya al Simoénte, y luego al Xanto
con la sangre Troyana, y con el llanto

de las viudas de Phrygia, y era Hectór
muerto á mis manos ya vivo dolor
de Andromache su esposa, y Troya ardia;
pero todo en mi loca fantasia.
¡Deseos fatuos! ¡pensamientos vanos!
de que tal vez se rien los Troyanos.
En fin un dia entre estos pensamientos
nos faltaron los vientos
al avistar á Lemnos. Fatigados
de la calma los Gefes, los soldados
saltaron en la playa, y yó imprudente
corriendo á mi ruina, juntamente
con ellos pisè alegre estas arenas.
Aqui mientras con otros conversando
me alejo de la playa, y voi mirando
estos tristes collados, mal pisada
una pequeña sierpe, preparada
por la ira de los Dioses inmortales
para origen funesto de mis males,
me picó en este pie. Yo no creiera
que una sierpe pudiera,
aunque toda ella fuese ira y veneno,
causar tanto dolor. Qual roto el freno,
sin ver camino ò senda, vá furioso
instigado de el latigo un brioso
cavallo; hecho una furia, si, marchè,
llevando por los montes en mi pie
todo un infierno. Tres veces en vano
quise corterme el pie, tres fue mi mano
desarmada por fuerza. Yo gemía
sin cesar, sin remedio; y ya venia
la noche á los vivientes intimando
descanso y paz. Yo triste suspirando
velaba solo; quando fatigado
de gemir tanto, á un sueño no esperado
entreguè en fin mis ojos. Pero aqui
yò callaré mi huesped.

Neop. Què..: ¿Y asi
quieres dejarme en medio de tus males,
sin llevarme hasta el fin?

Phil. Ellos son tales,
que no le tienen. Dejame te pido
en aquel sueño, menos mal dormido,
que dispierto despues. ¡O! que yó ahora
creo mirar la dolorosa aurora
que abrió entonces mis ojos. Dia triste
tú lamentarme, tú empezar me viste
un llanto, que no acaba. Ha ya diez años,
ò mi huesped, que lloro los engaños
de aquella negra noche. Yo dormia
y entre tanto la armada dirigia
su rumbo á Troya. Ha! piensa qual quedè
quando dispierto al rededor mirè,
y á la armada en el mar lejos de mí,
y á mi lado este pliego solo ví.
Pero á donde llegaron mis enojos
quando por èl turbado yó mis ojos
pasè con ansia, y ví que me decia:
Lo despliega, y lee.
(oyèlo) *Philoctétes, vendrá el dia,*
y solo te hallarás sobre esa arena.
Sufrelo, amigo; Jupiter lo ordena
por boca de Calchante: tus clamores
son la causa; tu herida, y tus furores
turban, è impiden nuestros sacrificios.
¡Ha! que los altos Dioses mas propicios
te asistan. Vive en paz, y que te vea
luego, y con sano pie, como desea
tu amigo Ulisses. ¡Perfido! ¿el amigo?
¿el mio? ¿á quien dejó solo, y mendigo?
ò! ¡tuviera èl la paz, que me dejó!
ò! gimiera èl diez años como yo,
con mi herida, mis ansias, y mi pena,
y diciendole yo: Jove lo ordena.
Estos tristes collados, que me oyeron,
movidos de mis ayes respondieron
con eco lamentable: y ya llorando
pasado havia dos auroras, quando
viendome á esta miseria reducido,
levantème de el suelo, y aunque herido,
y muy falto de sangre, y mas de aliento,
empecè á ir mendigando mi sustento.
Las flechas de mi aljava iban certeras
en busca de las aves y las fieras,
que si heridas huian,
mas que mis pies, mis manos las seguian,
pues qual sierpe con ellas me arrastraba,

para coger las presas de mi aljava.
El mar airado, y un furioso viento,
y un naufragio hacen todo mi contento,
arrojandome aquì de tanto en tanto
infelices, que no enjugan mi llanto;
pues luègo marchan, y me dejan triste:
y asi he vivido, hasta que aqui veniste,
ó mi huesped, enfermo, consumido
de tristeza, sin trato, y sin vestido.

Neop. Por cierto esa tu historia, que nos dices
es dolorosa, y si los infelices
quando se hallan con otros, que lo son,
sienten algun alivio, con razon
té puedes consolar, mientras me miras
pues no menos que tú, siento mis iras
contra ese Ulises, y los dos hermanos,
que á los Griegos en vez de los Troyanos
maltratan sin cesar. No bien faltó mi padre...

Phil. ¡O Dios! ¿què dices? ¿ya murió el invencible Achiles?

Neop. Si, él ha muerto.

Phil. ¡Ha! dejame llorarlo. El fue por cierto
digno de larga vida, él lo es de el llanto
de toda Grecia.

Neop. Pero tú que tanto
tienes porque llorar tu triste suerte,
llora amigo tu vida, y no su muerte.
Apenas èl faltó, como decia,
llegaron á mi patria en busca mia
Phenix, y Ulises, ambos diputados
por la armada, y diciendo que los hados
muerto Achiles ponian en mis manos,
y en mi espada el vencer á los Troyanos.
Ellos dijeron: yo los escuché,
los creí, me embarcaron; y lleguè
á las playas de Phrygia felizmente.
Salto en tierra, me aplaude nuestra gente,
corren todos al puerto,
juran que ven á Achiles, que no ha muerto,
que vive en mí. Yo vano y orgulloso
no bien su tumba visitè, y reposo
para su alma pedí, á los dos hermanos
me presento, y que pongan en mis manos
quanto mi padre poseyó, les digo.
Si, respondieron, todo es tuyo amigo,
á excepcion de sus armas, que ya son
de el sabio Ulises. ¿Y con què razon?
¿y quien las pudo dar á otro guerrero,
y quitarlas al unico heredero?
dije indignado. ¡O! joven, respondió
Ulises, que presente alli se halló,
tu aun no has sudado sobre las arenas
de esta playa fatal, que ves: ¿apenas
llegas á Troya, y quieres ya igualarte
con los Gefes, que vió el sangriento Marte,
militando diez años? no, jamás
en Scyro tú colgadas mirarás
las armas de tu padre, que los Griegos
á mi merito dieron, y á mis ruegos.
Yo entonces.

Phil. Dime (y sufreme, hijo mio,
si te interrumpo) ¿pero Ayáz tu tio,
y el valiente Patroclo, que dijeron?

Neop. ¡O si vivieran ellos!

Phil. ¡Yá murieron!
¡y vive Ulises!

Neop. Yo (porque ¿què havia
en Troya que esperar? ò ¿quien vivia,
que pudiera vengarme?) detestando
los dos hijos de Atrèo, amenazando
al engañoso Ulises me embarqué,
y las costas de la Asia abandonè
de buelta á Sciro; pero en el camino
la calma ha mejorado mi destino
disponiendo, que en Lemnos conociese
al grande Philoctètes, y que oyese
yo de los tuyos, tú en fin de mis labios,
tu lamentable suerte, y mis agravios.
O! que los Dioses tengan por amigos
á quantos se declaren enemigos
de los impios Atridas: y que pueda
vengarme yo algun dia. No me queda
mas que decirte ya. Yo te deseo
todo el bien que no tienes. A Dios. Veo
que

que sopla, aunque muy poco, un suave viento.

Egis. ¡Ha! que te den los Dioses un contento
mayor aun que tu llanto.

Phil. ¡O Dios! ¿què miro?
O! mi amable Neoptólemo, ¿tú á Scyro
navegas, y me dejas en mis penas?
¿Y tendrás corazon? ¿y estas arenas
verán, que me abandonas? ¿y podria
de Ulyses imitar la villania
el hijo de un Achíles? Por tu padre
cuya memoria vive por su madre
Diosa inmortal, y por tu mismo honor,
que á compasion te mueva mi dolor.
Bien veo, que he de serte muy molesto,
pero echame, hijo mio, en qualquier puesto
en la proa, en la popa, en donde quieras:
llevame á Scyro, quitame á las fieras
de esta Isla inhabitable. ¿Què me dices?
¿serán siempre mis dias infelices?
¿callas? ¿y á tantos ruegos no consientes?
¡Ha! mi vida, y mi muerte están pendientes
de tus labios.

Egis. O Principe, no creo
que puedas resistirte, no. Yo veo
la amable compasion en tu semblante.
Philoctètes verá luego á Peánte
su anciano padre. Si, lo están diciendo
tus ojos, tu piedad, y yo lo entiendo.

Neop. Bien vá, si asi lo quieres, vente amigo
á mi patria conmigo,
yó si tardè algun tanto, si callaba,
solamente dudaba,
que asi herido pudieses tolerar
la embarcacion, y la inquietud de el mar.

Phil. ¿Y cómo si podrè? yò aqui tolero
una vida insufrible, yó aqui muero
en esta triste gruta. ¡Ha! permitidme
le diga un largo á Dios; ò bien seguidme,
y miradla una vez, pues ella ha sido
sepulcro en que diez años he vivido.

SCENA VI.

Choro.

Una voz. Bajo el enorme peso, que le oprime
de altisimas montañas, yace, y gime
Typhèo sin cesar. Despedazado
de la rueda fatal, y abandonado
al tormento, al despecho, á la afliccion,
con su sangre mezclando está Ixión
el llanto amargo de sus tristes ojos.

Choro. Estos dos los enojos
de el Cielo provocaron,
y al Tonante irritaron:
sacrilegos, violentos
hoi gimen con razon en sus tormentos.

Voz 1. ¡Ha! que yó veo en Lemnos entretanto
la herida, soledad, dolor, y llanto
de Philoctétes; pero en èl no veo
la barbara insolencia de Typhéo,
la impiedad de Ixiòn.

Choro. Por tanto advierte
que el Cielo va mudando ya su suerte.
Bien lejos de contarlo entre los muertos,
vemos que abandonando estos desiertos
navega alegre á Scyro.

Voz 1. Es asi la verdad. Yo ya lo miro
en su patria estrechando entre sus brazos
á su padre, á quien dá tiernos abrazos:
èl oye, y este cuenta asi abrazados
sus dolores y afanes ya pasados:
y vè al contarlos convertido en gusto
lo que al sufrirlos fue tormento, y susto.
Asi alegre, asi contento
cántando vá el navegante,
quando sosegado el viento
muda todo de semblante,
calla el mar, el firmamento
se descubre más brillante:

y segura — azia la orilla
se apresura — la barquilla
cruzando sin miedo el mar.
Despues en la playa cuenta
ya sin susto el marinero,
que en medio de la tormenta
iba buscando un madero
temiendose naufragar.

ACTO II.

SCENA I.

Philoctétes, Neoptólemo, y Egisto

Phil. Vamos, vamos Neoptólemo, á la nave.
Neop. ¿Y que harèmos alli?
Phil. ¿Què? Esperarèmos
que el viento tome fuerzas: finalmente
alli yó me verè fuera de Lemnos:
Egis. Pero ¡que miro! Vienen á nosotros
dos hombres, y yá llegan: Serán ellos..
Vendrán sin duda...

SCENA II.

Los mismos, y Niréo con un Marinero.

Nir. Yo vengo de Troya,
y aqui he saltado por faltarme el viento.
Los Dioses os prosperen. Quien conmigo
á tu presencia llega, ilustre Griego,
me dijo que aqui estabas, y no quise
pasar sin saludarte. Yo navego
ázia Creta mi patria, en donde cargo
ropas, flechas, y varios instrumentos
con que se arman las machinas murales,
y á la Asia voy frequentemente, y vengo.
desde que empezó el sitio: soy Nirèo,
he conocido á Achíles tu gran padre,
y de tí se habla mucho en el Asedio.
No se què se pretende, solo pude
vèr, que Phenix con pocos compañeros
se embarcó con el fin de ir á buscarte.
Neop. Yá está visto, los dos hijo[s de] Atrèo
á Phenix han movido. Pues Ulise[s]
sin duda irá con èl.
Nir. No. Yo me acuerdo,
que Ulises equipaba otro navio
para ir tambien en busca de otro Gri[ego]
Neop. ¿Sabes quièn sea?
Nir. Si lo se. Mas dime,
¿quièn es ese varon?
Neop. El heredero
de las armas de Alcides...
Phil. Philoctètes.
Nir. ¡Philoctètes dijiste! ¡Ha! mar[cha] luego,
huye lejos de aqui, que el nuevo d[ia]
no te amanezca en la desierta Lem[nos]
Phil. Hombre ¿qué dices? Habla sin [re]bozo,
y aclara tus palabras.
Neop. Yo aborrezco
y este tambien detesta á los Atrid[as]
y ellos no están aqui. Puedes sin mi[edo]
decirnos quanto sabes.
Nir. Philoctétes;
Ulyses va en tu busca, y con inte[nto]
de conducirte á Troya, ò por enga[ño]
ò por fuerza: te esperan ya los Grie[gos]
èl les ha prometido en su partida
volver contigo á Phrygia, y vol[ver]
luego.
Phil. Vaya: con que los Griegos fin[al]mente
de mi se acuerdan: ¡y olvidaron ell[os]
que un dia abandonaron á este mis[mo]
á quien buscan ahora!
Egis. ¿Qué sabemos?
Los Dioses, que protegen la inocen[cia]
les havrán infundido este deseo,
para que una vez salga Philoctétes
de las miserias, que padece en Lem[nos]
Acaso en Troya curarás tu herida;
y quando alli no encuentres el remedio
sentirás ciertamente algun alivio
yá con el trato de tus compañeros,
y yá teniendo parte en las batallas,
que á tus flechas darán mas digno em[pleo].

Phil.

Phil. Agradece á Neoptólemo á quien sigues,
si yó te sufro en paz.
Nir. Hay mas en esto.
Tiene Priamo un hijo, á quien los Dioses
distinguen sobre quantos agoreros
se conocen en Phrygia: El adivina
y siempre son sus vaticinios ciertos.
Salió incauto una noche de su Troya
y diò luego en las manos de los nuestros.
Lo he visto muchas veces, y él es uno
de los muchos Troyanos prisioneros.
Este, pues, dijo oyendolo los Gefes:
En vano continuais en el Asedio:
Troya no cederá, sino á las flechas
que entregó Alcides al fatal Guerrero,
á quien diez años hace abandonasteis:
ni él curará jamas, sino viniendo
á buscar la salud en estas playas.
Al punto Ulyses lleno de ardimiento
se ofreció á conducirte. Yo lo he visto
equipar con presteza en el Sigéo
una nave, y partir: algunas horas
despues que él zarpé yó tambien de el puerto,
ni ya le ví. Su nave es mas velera,
y estraño haver tocado yò primero
en esta Isla, que Ulyses. Dios os guarde.
Nada mas tengo que decir, y el viento
me llama á el mar. A Dios, vivid felices.
Phil. ¡Ah! Tu verás tu patria.
Egis. A Dios, Niréo.

SCENA III.

Philoctétes, Neoptólemo, y Egisto.

Phil. ¡Dioses! Sufris con vida al impio Ulyses.
Y él sobre ser fingido, ¡aun es tan necio,
que se ofrece á obligarme con razones,
ò con la fuerza! ¡Ah! Si ese agorero
que en Troya lo vé todo, viese aqui
los sentimientos de mi ayrado pecho,
el apartára á Ulyses de esta empresa.
Philoctétes, y el hijo de Laercio
entonces se unirán, quando se junte
la noche con el Sol. Disto yó menos
de unirme con la sierpe, que introdujo
por mi pie mi dolor, y su veneno.
Vamos, vamos de aqui: si llega Ulysses
que como yó se encuentre en un desierto.
Pongamos de por medio á todo el mar.
Nunca se dista mucho de un perverso.
Neop. Pero el viento es muy poco favorable,
y muy tenue: èl irá tomando cuerpo,
esperémos un poco.
Phil. No, que Ulysses
ciertamente no espera.
Neop. Pero el viento
tambien es tenue para Ulysses.
Phil. Saben
los pyratas marchar con qualquier tiempo.
Neop. Pues tanto lo deseas, vamos. Toma
tus alhajas, y huyamos.
Phil. ¡Yo! no tengo
alhajas que tomar: algunas hierbas
con que curo mi herida, algunos lienzos
con que la limpio, son todos los bienes
que me dejaron al partir los Griegos.
Este arco, y esta aljava con sus flechas
que Hercules me dejó, que yó venero
son mi cierto thesoro.
Neop. ¿Este es el arco,
y estas las flechas de aquel Dios? ¿Y puedo
tomar yó, Philoctétes, en mis manos
unas armas, que Alcides otro tiempo
tuvo en las suyas?
Phil. Puedes hijo mio,
puedes, y tomalas. Yó ya te debo
esta dulce esperanza con que vivo
de vér antes de mucho por tu medio
á mi padre, á mi patria, á mis amigos.
Tu me das hoi la vida, y el consuelo

que yò ya no esperaba. Si, bien puedes *Daselas.*
tomar mis armas. Pero entre los Griegos
sabe que eres tu solo, el que ha tenido..
la gloria... de tocarlas.
Neop. Yo agradezco...
¡pero tú vas mudando de semblante!
Egis. ¡Qué palidez! ¡Qué sudor frio! cierto
en él hai grande novedad: en blanco
se le paran los ojos: sobre el pecho
la cabeza inclinada manifiesta
su desmayo, y lo dice su silencio.
Phil. ¡Ay de mi!
Neop. ¿Philoctétes, di qué tienes?
Phil. ¿Qué tengo? Nada. Vamos de aqui luego.
Neop. Vamos, si lo permite tu desmayo:
Phil. ¡Ay! No yo no desmayo. Caminèmos.
¡Dioses! ¡Benignos Dioses!
Neop. ¿Porquè gimes?
¿Por què fijas los ojos en el Cielo?
Phil. ¡Ay! Gimo porque estoi en estas playas,
y miro al Cielo, y entre tanto ruego
á Jove, y á los Dioses inmortales,
que nos conduzcan al deseado puerto.
¡Ay! ¡Ay de mi!
Neop. Lo dicen tus gemidos:
disimulas en vano: yo lo veo
en tu frente, en tus ojos: tu padeces
un intenso dolor.
Phil. Yo lo confieso...
no puedo sufrir mas. ¡Ay! La congoja...
de el morir... no es mayor... Hijo... Yo muero...
yo en breve... perderè... todo... el sentido, ...
y tu entonces...
Egis. ¿Qué dice?
Phil. ¡Ah! Yo te ruego...
por la gloria de Achíles... que tu entonces...
no te apartes de aqui..
Neop. Deja ese miedo.
No te abandonarè: no soy yò Ulyses.
Phil. Pero ... mis armas ... ¡ay!
Neop. Yo te prometo,
que mientras estén ellas en mis ma[nos]
no pasarán sino á las tuyas.
Phil. Esto...
Neoptòlemo... es morir...
Egis. Cierto, èl espira.
Neop. No. Será algun desmayo pasag[ero]
ocasionado de el dolor.
Egis. ¿Quién sabe?
Neop. ¡Infeliz! Aqui está su pobre lech[o]
recostemoslo en èl.
Egis. Bien dices.
Neop. ¿Puede
encontrarse un mendígo, á quien [el] Cielo
tràte con mas rigor? ¿Y á quien l[os] hombres
olviden mas, y favorezcan menos?
Egis. No, no hai hombre tan barba[ro] en el mundo,
que si lo viese como aqui lo vemos,
no diera algun suspiro á los dolores
que asi lo martirizan.
Neop. Yo confieso
que con razon detesta â los Atridas,
á Ulysstes, y á la armada. ¿Què? Yo empiezo
tambien con èl á detestarlos.
Egis. ¡Pyrrho!
¿Què me dices? ¿Què escucho?
Neop. Que habla en ellos
la maldad, el engaño: que los sirv[e]
quien los quiera adular: que al fingimiento
los que son como yò nunca se abate[n]
y que mi padre me dejò heredero
de su heroyco valor.
Egis. Pero esas iras
son aqui intempestivas. ¡Ha! Pensemos
en navegar à Troya. Philoctétes
privado de sentido en breve tiempo
puede ser conducido á nuestra nave
sin que se nos resista, y sin saberlo
Ulyses, como viste, el sabio Ulisses,
que acaba de embiarnos á Niréo
disimulado en mercader, nos insta
á apresurar la marcha. Vamos luego:

los Atridas esperan...
Neop. ¿Què?
Egis. Que à Troya
con Philoctétes, que à vencer marchemos.
Neop. Pero engañando á este infelíz vilmente,
y engañandole yó: ¿y ha de ser esto
porque Ulysses nos insta? ¿porque esperan
nuestra buelta los dos hijos de Atréo?
¡Ah! Egisto, tú lo sabes, y no puedes
finalmente olvidarlo. Fueron ellos
los que á mi padre Achiles tantas veces
irritaron en Asia, los que hicieron
perecer con engaño à Palamédes,
al inocente Palamédes: ellos
obligaron á Ayáz mi grande tio
à traspasarse con su mismo azero
negandole las armas de mi padre,
para darlas á Ulysses: y el consejo
de este admirable artifice de engaños
tiene aqui triste, solo, y medio muerto
qual tus ojos lo ven á Philoctétes.
En suma, Egisto, yò fingir no quiero,
aunque lo mande Agamemnon, Ulysses,
la armada, el mundo.
Egis. Pues abandonemos
à Troya para siempre. Ello prometen
los Dioses su ruína al heredero
de esa aljava fatal.
Neop. Pero los Dioses
no nos mandan fingir: ellos son rectos,
y siempre aborrecieron al engaño,
y lo castigan siempre. Yo aqui espero,
que Phyloctètes cobre sus sentidos.
Le dirè adonde voi, y lo que el Cielo
á sus flechas promete, si conmigo
navega à Phrygia.
Phil. ¡Amable luz! Yo buelvo
otra vez á gozarte, y tú á mis ojos.
Egis. ¡El se recobra!
Phil. Pero aqui no encuentro...
¡Dioses! ¿Mi huesped donde está?
¡Ah! Perdona

Sale de su cueva, y vé à Neoptólemo.

mis dudas, hijo mio. Con que en Lemnos
has querido esperarte, y á mi lado,
y aguantando mis males! No lo hicieron
los Atridas asi.: Vah! No es lo mismo
descender de un Achiles, que de Atrèo.
Vamos, vamos Neoptòlemo.
Neop. ¿Y adonde?
Phil. ¿Adonde? A Scyro.
Neop. Pero yo no puedo
navegar á mi patria.
Phil. ¿Què accidente
te lo impide? ¿Què dices?
Neop. Que yò siento,
Philoctètes, tu engaño.
Phil. ¡Engaño! ¡O dioses!
¿A mi me engañan? ¿Como? ¿Y quien? ¿Tan presto
se han mudado las cosas? Me prometes
conducirme á tu patria: yo contento
me dispongo á marchar: un importuno
y penoso desmayo, quales suelo
á tiempos padecer, cierra mis ojos,
me quita la advertencia: no bien buelvo
(¡Ay triste!) á usar de mi razon, y escucho,
y me lo dices tú, que es un misterio
nuestro viaje ázia Scyro: que me engañan:
que soi un miserable.
Neop. Compadezco,
Philoctètes, tu suerte. Sal amigo,
sal ya de confusion. Yo no navego
como dije, á mi patria, voy á Troya,
y tú conmigo has de venir: el Cielo
dará alli la victoria á tus saetas,
y remedio á tu herida.
Phil. ¿Hablas tú serio?
Neop. Tanto, que hablan los Dioses por mi boca;
son ellos...
Phil. ¡Ay de mi! ¿Joven guerrero,
qué lazo me has armado? ¿Y te parece
que un desdichado como yo, que en Lemnos
vive á merced de el frio, y de las fieras,
no es bastante infeliz, si desde lejos
no vienen á insultarlo? Dame al punto,
da-

dame mi arco, y mis flechas.
Neop. Desde luego
son tuyas, si me sigues.
Phil. ¡Ah! ¡Què escucho!
¿Què negro engaño es este? Ahora entiendo
tu cobarde artificio. ¿Y tú te llamas
hijo de Achíles? Llamate primero
ò Sinón, ò Thersités. Los cobardes
no son hijos de Achíles.
Neop. ¡Ah! Yo encuentro
en tus labios la pena de mi culpa:
con razon me desprecias.
Phli. Y yò espero
que me buelvas mis armas, y perdono
tu engaño, y vete en paz: en mi desierto
dejame perecer.
Neop. ¿Y què harè yò?

SCENA IV.

Los mismos, y Ulises con Niréo.

Ulys. ¿Y pudis te dudar? ¿Esto os mandò
la armada entera?
Phil. ¡O Dios! ¿Quien ha trahido
á mis ojos tal furia? Estoy perdido.
Este es Ulyses.
Ulys. Si; yò soi.
Phil. Tu embiaste
tus engaños primero, y ya llegaste:
ellos son los cobardes precursores,
que suelen preceder á los traidores.
Ulys. Eso mientras á Troya caminamos
me lo dirás de espacio: ahora vamos.
Phil. Perfido, tú lo esperas?
Ulys. ¿Pues què? ¿Te hallas mas bien entre las fieras
gimiendo sin cesar sobre esta arena
solo, y enfermo?
Phil. *Jupiter lo ordena*
por boca de Calchante.
Ulys. Pero ahora
por la de Hèleno Jupiter mejora
tu suerte, y ya te mira mas propicio.
Phil. *Mis ayes turbarán el sacrificio de la armada devota.*
Ulys. Alli tus males
(lo prometen los Dioses inmort
cesarán, y con ellos tus gemidos
Egis. Esto es cierto.
Ulys. Lo grita á los oídos
Hèleno de la Grecia: en el Sigè
mil veces se lo oí.
Phil. Yo no te creo.
Ulys. Si, Jupiter lo dice.
Phil. ¿Y hasta quando
sufrirè yò á un perverso, que abus
de el nombre de los Dioses impian
cubre con ellos quanto finge, y mie
Si en esta Isla fatal me abandona
Jupiter lo ordenò: si me dejaste
gemir diez años sin algun consuel
esto mandaba puntualmente el Cie
y si ahora me insultas, y me eng
Jove, los Dioses dictan tus maraña
Teme, malvado, teme en cada inst
que te falte el terreno, ò que el Tonante
te fulmine en un rayo su furor,
y sus ultrages vengue, y mi dolor
¡Sierpe sombria! ¡Y còmo te oculta
de mi que te conozco! Tu esperaba
que un joven, á quien antes engaña
me engañase despues: tu violentas
su bello natural, y un corazon,
que no, no se hizo para la ficcion
El sufre, y manifiesta el sentimien
de haverte obedecido. Yo presient
triste joven, tu enmienda. Ha! semejante
si al grande Achíles, como en el semblante,
eres en la alma: rompe y echa á fu
toda ficcion, buelveme mi arco.
Ulis. Espera.

Deteniendo à Neptolémo, que vá à darle su arco.

Phil. ¿Pero què ha de esperar?
Ulys. Ver si resuelves
con nosotros venir á Troya.
Pbil. ¿Y buelves
á tratar de este asunto

Oye

Oye pues: ya resuelvo. Marcha al punto,
huye de mi presencia ahora mismo,
vete à Troya, ò mas bien vete al abismo.
Yo ni puedo, ni quiero, ni jamás
podré, ò querré vivir contigo. Aun más:
que perezcan los dos hijos de Atréo.
con su armada. Este es todo mi deseo,
que tambien lo será, quando ande suelto
mi espiritu de el cuerpo. Esto he resuelto.
Ulys. Y esto mismo las furias resolvieran,
si las furias en Lemnos estuvieran.
Bien vá, buelve á tu cueva; para nada
te necesita el Cielo, ni la armada.
Vive, y muere sin gloria, por mi puedes:
Teucro, Phenix, Neoptólemo, Diomedes
cargarán con tu aljava; y si ellos no,
estas manos podrán, y sabré yo
tus flechas dirigir al enemigo,
traspasarlo, y vencer: será testigo
el campo vencedor de mi victoria:
y asi Ulysses tendrá toda la gloria,
que el Cielo destinaba
á tu industria, á tus manos, y á tu aljava.

Va marchando, y tira consigo à Neoptólemo.

Phil. ¡Ha cruel! Buelve, quitame la vida,
y pues ya eres ladron, pasa á homicida;
que asi roba primero, y luego mata,
y asi enriquece el barbaro pirata.
¡Grande Hercules, y tú en manos tan viles
tus armas mirarás, y las de Ahcíles!
O Joven, si eres ya, como dijiste,
hijo de un padre tal, ¿porque mentiste,
quando me prometias,
que solo de tus manos á las mias
pasarian mis flechas?
Neop. No he faltado
en esto á mi palabra. Aun no han pasado
á manos de otro alguno.
Ulys. sobre furioso es importuno.
Vamos, vamos Neoptólemo: perdemos
todo el tiempo en hablar, y nada hacemos.

Da dos pasos más con Neoptólemo

Phil. Perfidos, acabad lo que empezasteis:
antes me abandonasteis,
me desarmais ahora: teneis hecho
lo mas, y os falta poco: abridme el pecho
si ya no deseais, que con un lento
martirio me devóre mi tormento.
Playa ardiente de Lemnos, selva triste,
que cansada de oírme, me bolvíste
mis ayes con tus ecos repetidos,
sufreme en paz, yó buelvo á mis gemidos.
Y ò cueva llena ya de mi dolor,
que mil veces beviste mi sudor,
mezclado con mis lagrimas, recibe
á tu huesped antiguo: ahora vive,
mas luego, segun crece mi amargura,
morirá, y tu serás su sepultura.
Venid fieras, venid, despedazadme,
venid, y devoradme:
las flechas que ya hicieron vuestro espanto
están en otras manos: y mi llanto
en mis ojos continuo, ni á las fieras,
ni á Ulysses mueve. ¿Pero tú qué esperas,
infeliz Philoctétes? ¿Qué amargura
te queda que apurar? Tu desventura
llegò á lo sumo. Sal, sal de tus penas.
Hartas ya de mi llanto estas arenas
beban mi sángre, y pasen mis dolores
á la armada, y á todos los traidores,
que á este golpe me obligan.
Neop. Tente amigo:
deja la espada, Pyrro está contigo.
y te buelve tus armas
Phil. He, tu vienes
á engañarme otra vez.
Neop. Aqui las tienes; *Se las dá.*
to malas no te engaño.
Ulys. ¡O Dios! ¿Qué has hecho?
Neop. Arrancar de esa mano, y de ese pecho

una muerte violenta,
que sobre ser mi afrenta
juntamente sería
dolor de nuestra armada, y alegria
de la enemiga Troya.

Ulis. ¡Ha! De otro modo...

Neop. Yo no se otro mejor, que darlo todo
á la honradez, y nada á la ficcion.

Ulys. Pero...

Phil. Pero tu vé, y dile á Pluton,
que esta flecha diò fin á tus engaños,
á tus palabras, y á tus negros años.

Neop. Philoctétes, ¡ha! No.

Poniendose entre Philoctétes, y Ulysses.

Piensa un momento...

Phil. Pensaremos despues.

Neop. El fingimiento
no es peor, que la venganza.

Phil. Yo lo creo,
pero ahora...

Neop. Tu empiezas á ser reo,
y á merecer tu cueva, y tus dolores.

Phil. Nunca faltò defensa á los traidores.

Deja de apuntar.

Bien va. Viva ese indigno, tú lo dices,
Viva, y llene á la tierra de infelices,
hasta que en fin las furias de el Averno
den un dia con él en el Infierno.

Neop. He, templa amigo, templa tus enojos
y empieza yá á mirar con otros ojos,
y á escuchar con una alma mas serena
á quantos á la parte de tu pena
compasivos entramos. Tu afliccion
te pone tan distante de razon
quanto estás de los hombres. No es Calchante,
no Agamemnòn, no Ulysses, el Tonante
por Héleno Troyano es quien hablò;
y eres tú Philoctétes, y soy yo
á quienes llama, y deja vinculada
la victoria á tus flechas, y á mi espada.
En Asia la salud te está esperando,
la fortuna, el honòr. O Dios! ¿Y qu[...]do
te dejarás vencer? Conoce amigo,
que eres tú solo el unico enemigo,
que tiene Philoctétes. !Ha! sí amas
á Achíles ya inmortal, si no olvida[...]
con su muerte su amor, piensa q[...] ahora
un hijo suyo tu asistencia implora.
Llevame á las batallas: un guerrer[o]
diestro en el arco, diestro en el ace[ro]
qual eres tú, me enseñará á vencer.
Tu me verás seguirte, tú crecer
imitando tus brios, tú serás,
Philoctètes, mi Achíles, y verás...

Phil. Yo ya he visto bastante. Yo [...] nada
de quanto tú imaginas. ¿Nuestra ar[ma]da
puede crecer, si se le añade un muert[o]
Este soi yo, hijo mio, Y ten por cier[to]
que la edad, y el deseo de la glori[a]
te engañan dulcemente. A la victor[ia]
se llega tarde, ò nunca. Los Troya[nos]
tienen espada, corazon, y manos,
y nuestra sangre agotan. Tu no ob[s]tante
marcha, milita, y vence si el Tona[nte]
te quiere prosperar. Mas yo, hijo mi[o]
yo no soi lo que fuí: falta ya el br[io]
à mis debiles brazos, y mi acero
se embota... ¡Ha! Yo no soi qual [...] primero.

Neop. Si lo serás, curando alli tu herid[a]

Ulys. Lo prometen los Dioses.

Egis. Tu partida
llenará de contento à nuestra gente.

Nir. Vamos. ¿Qué esperas?

Todos. Vamos.

Phil. ¡O inocente,
ò candido Neoptolemo! Yo veo
tu bello corazon, y tu deseo;
pero tu ciertamente no conoces
el engaño que ocultan esas voces.

Ulys. Como estaba se está.

Neop. No, no hai engaño.

Phil. Tu lo crees asi, yo no lo estraño.

Tu

Tu corazon es recto, y tu razon
mide à los otros por tu corazon.
¡Pero quanto te engañas! Si temieras,
como las temo yo, si conocieras,
como yo las conozco, las dobleces
de tu infiel conductor, ò quantas veces
te huvieras apartado con horror
de tu infiel, y torcido conductor!
Teme, teme Neoptólemo, á sus labios.
O! que ellos son funestamente sabios:
los abre la dulzura, y luego el llanto
sale, y sigue la muerte. Ese es el canto
de una fatal Syrena, y lisongera;
y asi el mar con la calma por afuera
en su seno mortal cria, y fomenta
el terror del piloto, y la tormenta.
En suma, yo no creo lo que el dice;
y mas quiero vivir aqui infelice,
que dichoso con el. Si quiere el Cielo
un dia darme en fin algun consuelo,
ò conducirme á Troya, el me hablará
ciertamenté por boca, que tendrá
la verdad en su lengua.

Ulys. He, que el Troyano
Héleno, ni es Ulysses, ni es mi hermano,
ni mi amigo.

Phil. Ni Ulisses es sincero:
él cita á Jove, à Apolo, à ese Agorero,
al Abismo, al Olympo en cada instante;
y ni Héleno, ni Apolo, ni el Tonante,
ni el Cielo, ni el Abismo
por tal boca hablarán.

Ulys. Siempre es el mismo.

Phil. Y siempre lo seré

Todos. ¡Dioses!

Phil. Qué siento!

SCENA V.

Hercules, y los mismos.

Herc. Yo soi Alcídes: no temais. Atento
oyeme Phyloctétes. Tu bien sabes
(y ya los viste alguna vez) quan graves,
y quan prolijos mis trabajos fueron;
pero pasaron ya, y ellos me dieron
asiento entre los Dioses inmortales.
Tanto es es el bien, que pueden dar los males.
Tu verás, que por Lemnos (vendrá el dia)
por la montuosa Lemnos se subia
rectamente á la gloria. Ahora el Cielo
quiere que dejes este triste suelo,
y navegues á la Asia: alli hallarás
el fin de tus dolores, curarás
alli tu herido pie. Luego ya sano
con una flecha mia, y por tu mano
verás á Paris espirar: la guerra
tendrá entonces su fin. Darán en tierra,
debilitadas por el torpe amor
aun mas que por los golpes de el valòr,
las murallas de Troya. Y tu, bañada
con la sangre de Achiles no vengada,
Neoptòlemo, que á Phrygia viste, ¡ha! luego
con el acero armado, y con el fuego,
corre á vengarla. Si, marchad los dos,
la fatiga os espera: grande Dios,
que os habla por mis labios, el Tonante
os destina á vencer. Tened delante
su bondad, su justicia, y sus enojos:
pensad que desde el Cielo ven sus ojos
el vicio, y la virtud en vuestro seno;
y que al malo va el mal, y el bien al bueno.
A Dios. Yo os amo: haced que siempre os ame.

Phil. ¡Alcídes, ha! Permite que te llame,
que te vea tu antiguo compañero,
antes que á Lemnos deje.

Neop. Yo venero
grande Hércules tu voz, y ya la sigo.
Philoctétes.

Phil. Ya voi.

Neop. Lo ves amigo,
el Cielo se declara.

Ulys. El perorò
felizmente mi causa.

Phil. Y aqui yo

mi-

miro la ultima vez estos desiertos,
en que viví contado entre los muertos,
lejos de los vivientes.
A Dios pequeñas fuentes,
á quienes mi gran llanto, y su amargura
quitò mucha dulzura,
y aumentò las corrientes. A Dios prados
de mis largos gemidos ya cansados.
Fieras vivid seguras,
yo no os perseguiré. Tristes alturas
de estos asperos montes, no pisadas
de otro alguno, tened siempre gravadas
mis huellas, y creced. A Dios, me ausento
triste cueva de ti, me llama el viento.
Lemnos á Dios...

Neop. Amigo, ya tardamos.

Ulys. Dioses de el mar favorecednos.

Todos. Vamos.

SCENA VI.

Choro.

Tod. Al combate, al sudor, ò guerreros,
encended vuestras iras y enojos,
prevenid los sangrientos aceros,
y esperad los gloriosos despojos.
¡Ha! Marchad, ¡ha! Corred grandes almas
al combate, al sudor, y á las palmas.

Una voz Tiembla ò Troya infeliz. Ve dejando
ò Príamo tu solio, y suspirando
baja al polvo, y espira. En fin Troyanos
soltad las armas, y ocupad las manos
en abriros sepulcro. Estos horrores,
ò Paris, hijos son de tus amores.
Ancianos, mozos, virgenes, é infantes
¡ha! si llorais á vuestros muertos, luego
vais á ser todos victimas de el fuego
despues no habrá quien llore: ¡ha! Llorad antes.
Yá truena, ya fulmina
sobre Troya la guerra:
ya se abrasa, y da en tierra:
ya no se vé. Camina
pisandola el pastor,
y el labrador - la hiere
con su arado.
Asi un Imperio muere,
que ya irritò al Tonante;
y queda en un instante
sepultado.

Si damos à solo el choro las ultimas Scenas de los actos, podemos imitar en esto à Mr. Racine, que asi lo practica varias veces en su Athalia y en su Esther.

FIN.

Barcelona: Por la Viuda Piferrer, vendese en su Libreria, administrada por Juan Sellent; y en Madrid en la de Quiroga.